

brillantes á través de finísimo polvo de gotitas, sobre las cuales se elevaban aquí y allá surtidores blancos muy altos, que eran como los gritos de placer de aquella muchedumbre que danzaba al sol bajo las caricias del alíseo.

Se veía la onda hincharse casi hasta la altura de la obra muerta y desaparecer luego en un momento; una amenaza que se resolvía en una broma, para volver á levantarse luego como para decir una palabra y quedarse indignada de no poderla decir, dando lugar á otras ondas que acudían, nos miraban y se deshacían también súbitamente con su secreto. Y hubiéramos estado horas y más horas contemplando aquel formarse y disolverse continuo de cadenas de nevados montes, de valles profundos, de provincias solitarias y fantásticas; formadas, dispersas, rehechas y deshechas sucesivamente como puede serlo la faz de un mundo por el capricho de un Dios. Todo este hervor no tenía lugar mas que en torno nuestro; lejos, por todo el horizonte, estaba el mar como inmóvil, de riente azul, y salpicado de manchas blancas, que parecían las velas de innumerable flota que acompañase nuestra marcha.



V

CABALLEROS Y SEÑORAS

CON aquel agente de banca, que era una gacetilla viva, conocí pronto, aun sin quererlo, á casi todos los pasajeros de primera clase: al día siguiente vino á sentarse á mi lado á la mesa, en el sitio del abogado, que aún estaba en cama. Hacía los conocimientos por docenas: la noche antes había entablado conversación con los recién casados que ocupaban el camarote inmediato al suyo, y como había notado que eran tan tímidos y poco desenvueltos en público, se proponía alentarlos un poco. Apenas se sentó preguntó al marido, que estaba sentado frente á él, si había descansado; á lo que el interrogado respondió: — *Bien, gracias*, mirándolo inquieto. — Sin embargo— repuso el

agente con el aspecto más natural, mirando á él y á ella,—me ha parecido que esta noche el mar estaba agitado.

Los vecinos sonrieron, y ellos, ruborizándose, se pusieron á observar los cubiertos de la mesa y otras menudencias con profunda atención, pero mi vecino no pareció notarlo é instaló en seguida su Linterna Mágica hablando bajo y de prisa sin dejar de hacer honor á la cocina del *Galileo*:—El cura alto era un napolitano que vivía hacía treinta años en la República Argentina, á la cual volvía después de un breve viaje á Italia, según decía (pero cabían dudas) para ver al Papa. Le había oído contar su historia una noche; llegó á la Argentina sin camisa, había sido párroco en colonias agrícolas nacientes, en varios Estados de la República, en tierras casi deshabitadas, por donde llevaba el viático á caballo, galopando noches enteras con el Santísimo Sacramento al cuello y el revólver al cinto, y decía que fué atacado varias veces, teniendo que defenderse á tiros; y que se había dado el caso de que, encontrándose con algunos viajeros en noches de luna, éstos, asustados por su gigantesca sombra negra, escaparon á todo correr. Creía que había tenido en la misma estima su bolsa que el alma de sus feligreses, y que cobró matrimonios y entierros á precios altísimos; y tan cierto debía de ser esto, que se

vanagloriaba de haber hecho una buena pacotilla y no hablaba mas que de *pesos* y *patacones*, con un movimiento inquietante de la mano á guisa de abanico, y con marcado acento del puerto bajo italiano que no logró alterar treinta años de hablar español.

Del tenor sabía poco; debía tener una hermosa voz, pero con algunos gallos; fuera de esto, un pavo real como todos; desde el primer día andaba enseñando á los viajeros un periódico sucio y viejo con un artículo de revista de teatros, en el que se leían subrayadas las palabras *este artista posee las llaves del corazón humano*; llaves, decía el agente, que le hacían pensar en las de las casas de sus oyentes, pero podía engañarse. Creía que estaba preparando un concierto vocal é instrumental para la noche del paso del Ecuador.

Algo más conocía á la señora rubia de las medias negras, nacida en la Suiza italiana, casada con un italiano, profesor de no sabía qué, en Montevideo: había hecho con ella dos años antes la travesía desde Génova á la América latina; era una criatura amabilísima, tierna como el pan, con cabeza de chorlito, hermosa y sin sustancia como una dalia; una verdadera niña de treinta años, á quien la situación de los hombres solos, en largos viajes por mar, inspiraba un sentimiento de piedad amorosa y atre-

vida. Al hacer de vez en cuando una excursión á su patria, había alegrado con sus carcajadas infantiles y consolado con su dulce piedad siete ú ocho vapores, y gozaba de cierta celebridad simpática entre *las Sociedades de navegación*. En el viaje de dos años antes, le había ocurrido, entre otras, una aventura cómica con un diputado argentino, que también se encontraba casualmente con nosotros en el *Galileo*. Era éste un señor gracioso y amable, pero sumamente arreglado y que no podía tolerar el desorden en sus cosas; ocupaba un camarote sobre cubierta, y mientras jugaba en el salón ó paseaba por la proa, la señora suiza y otra amiga suya habían tomado la costumbre de ir á ponérselo todo patas arriba, para que se desesperase al ordenarlo de nuevo; y la cosa había salido bien varias veces. Pero un día en que la suiza se había arriesgado sola á hacer la revolución habitual, llegó de improviso el argentino, se puso hecho una fiera, y cerró la puerta del camarote para obligarla á que pusiera cada cosa en su sitio; pero, como los objetos revueltos habían sido muchos, el trabajo de ordenación fué largo; y habiéndose levantado durante él una borrasca efecto de inesperadas ráfagas de viento, la señora se vió obligada á estar reclusa allí muchas horas, mientras que abajo su marido la llamaba á voces por los corredores y pedía

que se largase una lancha al mar para recogerla, sin notar la burlona conmiseración de que era objeto. Sin embargo, todo acabó bien y en este viaje parecía que el señor y la señora no hacían demostración de conocerse.

Yo me volví hacia el extremo de la mesa para mirarlo. Era un moreno de treinta y ocho á cuarenta años, con perfil enérgico y lentes: tenía en efecto el aspecto de un hombre que no permite que se viole impunemente su domicilio. En cuanto al profesor, marido de la señora, decía el agente que era un hombre original, apasionado por los estudios de mecánica náutica, aun cuando tenía aspecto más literario que científico. Pasaba el día en profundas meditaciones sobre la máquina, los timones, las poleas, sobre el más pequeño aparato del vapor, pidiendo á los oficiales explicaciones minuciosas sobre ellos, y luego iba á repetir las en la proa por el gusto de repartir al pueblo «el pan de la ciencia», mientras le mordían el suyo en la popa.

Pero en aquel momento yo estaba observando á un señor que se sentaba al lado del argentino, modelo de rubio desteñido, con unas patillas que parecían dos saucos llorones de pelo como esos que se ven en los escaparates de las barberías, que dirigía á uno y otro lado sus ojos de besugo, mirando desconfiado y sin ha-

blar á nadie. Pregunté al agente si sabía quién fuera. Lo sabía: un caso raro; sospechaba que fuese un ladrón fugitivo; estas voces corrían en el *Galileo*; era un francés; no podía decir cuál de los pasajeros, leyendo el *Figaro*, que llegó á Génova el mismo día que zarpamos, había creído encontrar cierta asombrosa semejanza entre aquella facha extraña y desconfiada, y las señas que daba el diario parisiense del cajero de una casa de banca de Lyon, fugado tres días antes, dejando en la caja un vacío como de máquina neumática. El agente pensaba hacer sus investigaciones, y en el último caso, esperaba descubrir el secreto á la llegada, cuando la policía hiciera su visita á bordo.

De la pareja matrimonial sentada frente á éste no había pedido aún informes: eran mis dos vecinos de camarote, los del *cepillo*: la señora, como de cuarenta años, baja, mirada sin expresión y perpetua sonrisa forzada en sus delgados labios; no era fea pero sí de esas personas cuyo carácter se refleja en la fisonomía y las cuales á primera vista inspiran repugnancia por causa del mal que deben hacer á los demás, y compasión por el que ellas mismas deben sufrir: el marido tenía facha de comandante de caballería retirado; parecía de ánimo fuerte pero domado por una naturaleza más vigorosa aún que la suya y trabajado por sorda

é inmutable aficción. No se hablaban nunca, como si no se conocieran, y jamás excepto en la mesa estaban juntos; pero mi vecino había observado que ella le dirigía terribles miradas de soslayo cuando le parecía que fijaba sus ojos en alguna señora: al cariño muerto había sobrevivido los celos del orgullo. En una palabra una pareja mal aparejada, como dos presidiarios unidos por una cadena, entre los cuales debía existir profundo odio y algún misterio.

*
* *

A quien conocía más que á todos era al capitán, buen marino, rudo é irascible, dueño de un caudal riquísimo de interjecciones y juramentos genoveses, que prodigaba al personal subalterno de la tripulación; verdaderas letanías de improprios pronunciadas en un crescendo de efecto irresistible; orgulloso del vigor de sus puños, de los cuales se venía sirviendo durante veinte años de honroso mando. Tenía una idea fija: la absoluta severidad en materias de moral y la expresaba con esta frase que era su muletilla: «no quiero porquerías á bordo»; deseaba que en su buque reinase la castidad de

un monasterio y creía conseguirlo dando en ocasiones lecciones memorables. En uno de los últimos viajes descubrió una noche que dos pasajeros de distinto sexo, á quienes no unía la ley civil ni la eclesiástica, se habían dormido en un camarote de cubierta, y mandó clavar una gran tabla en la puerta, dejándolos allí, hasta que al día siguiente de haber llamado con furia, se habían visto obligados por el hambre á salir *coram populo* medio muertos de vergüenza. Había estado á punto de enfermar de rabia en la última travesía en la cual llevó de Buenos Aires á Génova toda una compañía lírica y un cuerpo de baile de ciento veinte piernas, para sujetar al cual no hubiera habido en el buque tablas y clavos bastantes, y toda su amenazadora elocuencia en su dialecto no pudo impedir que el *Galileo* fuese durante aquel viaje un paraíso mahometano que hacía ocho millas por ahora. En condiciones ordinarias, cuando no se veía agobiado por el número y por la audacia del enemigo, era rigoroso hasta el punto de no tolerar ni siquiera que se cortejase con discreción; sino que se alababa de hacer conservar á cada uno los límites que debía, sin faltar en nada á las leyes de la urbanidad, y de saber decir las cosas sin ofender. Cuando un pasajero asediaba mucho á una señora, lo llamaba aparte y le indicaba con el mayor res-

peto:—Usted perdone, pero comienza esto á ser asqueroso; *no quiero porquerías á bordo.*

Aparte de esto, era un buen hombre.

*
**

El anciano respetable que estaba á su lado, «el señor Hamerling», era un chileno, un hombre rico á quien llamaba la gente *el que horada una montaña*, porque había hecho aquel viajecito desde su país (treinta y cinco días en el mar) para ir á Inglaterra á comprar perforadoras, sin detenerse en Europa desde el desembarque al embarque mas que dos semanas justas. Serio como lo son en general los chilenos y de modales aristocráticos, frecuentó los primeros días el círculo de los argentinos; mas habiéndole molestado éstos en una discusión sobre la cuestión eterna de los confines meridionales de ambas repúblicas, se separó de ellos y no hablaba mas que con el comandante y con el capellán.

*
**

Mi vecino no conocía por entonces á nadie más, pero seguía la pista á un joven toscano,

barbilampiño y peripuesto que se sentaba en la mesa frente á la mujer del profesor, sobre la cual posaba sus ojos abiertos, hasta el punto de que á veces se quedaba el tenedor en el aire en medio de su camino, entre el plato y la boca, como si el tenedor, al par del dueño, también participase de tanta admiración. Tenía éste el aspecto de un Don Juan hambriento que hiciera su primera excursión larga fuera de casa; pero estaba dotado, bajo aquellas apariencias de galán joven que comienza su carrera, de una gran audacia; y al par que cortejaba á la suiza, á la cual debía haber conocido en tierra, hacía excursiones á proa, especialmente de noche, dando resoplidos como relinchos de potro cerril, con peligro próximo de que los emigrantes le sacudiesen el polvo á los trajes nuevos que se cambiaba dos veces al día.

*
*
*

Al decir esto el agente hizo rodar una naranja casi hasta el plato del novio y alargó repentinamente la mano, diciendo:—¿Tiene usted la bondad?... Pobre novio, justamente en aquel

momento, aprovechando la confusión del fin de la comida, dejaba caer su brazo derecho debajo de la mesa, al mismo tiempo que la novia tenía escondido del mismo modo el izquierdo. Ante aquella repentina petición, las dos manos reaparecieron vivamente sobre la mesa, separadas, sí, pero demasiado tarde; «la casta púrpura» había revelado ya el secreto.

*
*
*

—Son demasiado felices—me dijo el agente; —quiero amargarles la existencia. Poco más tarde se fué, y media hora después, cuando subí á cubierta, lo ví en el castillo central hablando con un cura de segunda clase, es decir, que viajaba en segunda. Pero ésta, casi vacía, no debía ofrecer gran pasto á su curiosidad. Había dos clérigos ancianos que leían casi siempre el breviario; una señora vieja y sola, con anteojos verdes, que se pasaba el día hojeando una colección de antiguos periódicos ilustrados, y una familia numerosa, toda vestida de luto, que formaba en medio del buque un grupo negro y triste, inmóvil por espacio de horas

enteras. Solamente los dos niños menores hacían de vez en cuando una excursión hasta el castillo de popa, donde la señorita de la cruz negra los acariciaba tiernamente con sus descarnadas manos de enferma.



VI

RENCORES Y AMORES

UN salpicón de agua que recibí en plena cara por la mañana, al alba, cuando abrí la ventanilla para respirar, me obligó á estar en cama todo el día con un turbante mojado en la cabeza, meditando sobre la brutalidad del *gran padre Océano*: el bofetón había sido tan fuerte y tan bien dado, que me hizo pegar con la parte posterior del cráneo en la pared opuesta del camarote, donde caí sin sentido en medio de un lago de agua con la boca llena de sal.

Este accidente me impidió hacer hasta la mañana del noveno día mi primera visita á los emigrantes. Ruy-Blas me anunció, al presentarme con toda dignidad el café, que el tiempo era hermoso; pero más que la infusión,